

Ray Connolly

SER ELVIS

Una vida solitaria

Traducido del inglés por Ana Pérez Galván

Corrección técnica a cargo de Sara Vicente Castaño

Alianza editorial

Título original: *Being Elvis. A Lonely Life*

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2016 por Weidenfeld & Nicolson,
un sello de The Orion Publishing Group, Londres.

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



© Ray Connolly 2016
© de la traducción: Ana Pérez Galván, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-452-5
Depósito legal: M. 16.695-2021
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Louise y para mis nietos, Jack y Olivia.

Índice

Agradecimientos.....	11
Nota del autor.....	15
Prólogo	17
1. «Lo único que conocí desde los dos años fue música góspel»	23
2. «No te preocupes, mamá...»	32
3. «Me sentaba allí en clase...»	39
4. «No me parezco a nadie»	48
5. «¿Pero qué diablos estáis haciendo?»	58
6. «¿Qué pasa, qué pasa?».....	65
7. «Hola, chicos, aquí os mando el dinero...».....	74
8. «Ese coronel... es el mismo diablo»	82
9. «¡Si no me muevo, no puedo cantar!»	95
10. «¿Por qué iba la música a contribuir a la delincuencia...» ...	105
11. «Tío, la gente de color lleva cantando y tocando...».....	115
12. «¡Imaginaos! Un chico de Memphis con Natalie Wood...»	126
13. «Odio liarme en estas <i>jam sessions</i> ...».....	136
14. «Ojalá fuéramos pobres otra vez, de verdad»	143
15. Era rico, era un hortera	154
16. «Ese afrodisíaco con olor a rancio, el rock & roll...»	162
17. «Tengo la suerte de estar en condiciones de dar»	170
18. «Despierta, mamá. Despierta, cariño, y habla con tu Elvis» .	178
19. «El mundo está más vivo por la noche».....	188
20. «Había por allí una chica que veía...»	198
21. «Me convierta en lo que me convierta...».....	206
22. «No tenía nada que decir sobre ese asunto»	215

23. La colegiala que llevaba una pistola en el sostén.....	223
24. «Si podemos controlar el sexo...»	233
25. «Lo único peor que ver una película mala es salir en ella».	241
26. «Chicos, si solo vais a quedaros ahí mirándome fijamente...» .	248
27. «Sé que en esta ciudad soy el hazmerreír»	253
28. «Puede que algunos creáis que Elvis es Jesucristo...»	258
29. «¿Qué voy a hacer si no les gusto? ¿Y si se ríen de mí?»	265
30. «¿En qué estaría yo pensando?»	274
31. «Quiero músicos que puedan tocar todo tipo de música»..	280
32. «No quiero que salga en los periódicos la foto...»	286
33. «Señor Presidente, usted tiene que hacer su show...»	298
34. «Cuando era niño, era un soñador»	306
35. «El ser humano es una cosa...»	314
36. «Lo siento, damas y caballeros...».....	325
37. «Si quieres que me vaya...»	336
38. «Prefiero estar inconsciente que deprimido»	344
39. «Soy autodestructivo, lo sé ...»	351
40. «Me dejo llevar muy fácilmente»	360
41. «Tengo treinta y nueve empleados que dependen de mí» ...	365
42. «Estoy tan cansado de ser Elvis Presley».....	376
43. «Una vida solitaria termina...»	383
Epílogo.....	389
Cuando Elvis murió, ¿qué fue de...?.....	393
Las mejores grabaciones de Elvis Presley	397
Bibliografía	401
Referencias.....	405
Créditos de las imágenes	421
Créditos de las canciones.....	423
Índice onomástico	425

Agradecimientos

Años antes de que decidiera escribir este libro, entrevisté, como parte de mi trabajo de periodista y luego de guionista, a muchas de las personas involucradas en la historia de Elvis, incluyendo a Sam Phillips, Marion Keisker, el reverendo W. Herbert Brewster, Carl Perkins, el saxofonista Boots Randolph, Roy Orbison, Mike Stoller, Rufus Thomas, Jerry Wexler, Paul McCartney, John Lennon, Ringo Starr, Chris Hutchins, Bob Dylan, Stanley Booth, B. B. King, Freddy Bienstock, Billy Swan, George Klein, el «Coronel» Tom Parker y mi amigo el ya fallecido Mort Shuman. Luego, por supuesto, estuvo el propio Elvis. Así que estoy muy agradecido a todos ellos por compartir conmigo su tiempo y sus pensamientos, y a YouTube por hacer tan fácil el acceso a muchas entrevistas con aquellos que lo conocían.

Elvis, vas a ser una gran estrella. Aquí van unos consejos. No te escondas. Sal a la calle, ve a restaurantes, y no te escondas. Porque, si lo haces, serás el chico más solitario del mundo.

Jackie Gleason a Elvis, 1956

En el culmen de la histeria, aquello fue matador para nosotros los Beatles. Pero éramos cuatro para compartirlo. Elvis estaba solo. Solo estaba él. Debió de ser insufrible.

John Lennon a Ray Connolly, 1970

Nota del autor

Una mañana de agosto de 1969, me vi sentado en una oficina de Nueva York hablando por teléfono con Bob Dylan. Yo era por entonces el crítico de rock del *London Evening Standard* y, como Dylan iba a participar pronto en el Festival de Música de la isla de Wight, en Inglaterra, llamé a su representante, Albert Grossman, para ver si podía concertar una entrevista con el gran hombre.

La respuesta, como era de esperar, fue «no». Pero entonces —me figuro que Grossman estaba pensando en la venta de entradas del festival, que decían que era floja—, de repente, me dijo que Dylan podía estar dispuesto a hablar conmigo por teléfono. Y, allí mismo, sobre la marcha, le pidió a su secretaria que pusiera a «Bobby» al habla.

Normalmente, me gustaba planificar mis preguntas antes de hacer una entrevista. Pero, en esa ocasión, me plantaron de pronto el teléfono en las manos, con el cantautor más huraño del mundo esperando al otro lado de la línea. Al final, Dylan se mostró de lo más amable y paciente con mis preguntas, supongo que bastante tediosas para él, y enseguida, seguramente a falta de algo mejor que decir, mencioné que había estado en Las Vegas para ver el regreso de Elvis Presley a los escenarios.

«¿En serio?», el tono de Dylan cambió. «¿Estuviste allí? ¿Qué tal estuvo?». Y casi antes de que pudiera responderle, añadió: «Leí sobre ello

en *The New York Times*. ¿Estuvo bien? ¿Estaba Scotty Moore [el primer guitarrista de Elvis] con él? ¿Qué cantó? ¿Le hicieron los coros los Jordanares? ¿Tocó algo de la época de Sun Records? ¿Y “That’s All Right”? ¿O “Mystery Train”? ¿“Heartbreak Hotel”? ¿Y qué más? ¿Cantó alguna canción nueva? ¿Quién estaba en la banda? ¡Tenía una orquesta en el escenario! ¿En serio?».

Y así seguimos. Bob Dylan me estaba haciendo más preguntas a mí de las que yo le había hecho a él. Ya no era uno de los hombres más famosos del mundo y yo un entrevistador pillado por sorpresa. Éramos iguales, admiradores de la misma persona, hablando emocionados como si los dos tuviéramos quince años y acabáramos de descubrir el rock.

Hacia el final de la conversación, mencioné que Elvis había grabado una de las canciones de Dylan, «Tomorrow Is a Long Time», lo cual este obviamente ya sabía. Era, dijo, su versión preferida de todas las canciones que había escrito, lo cual, supongo, no era de extrañar viniendo, como venía, de un fan de Elvis.

Unos días después, ya de regreso en Londres, tuve la oportunidad de llamar a John Lennon. Esto, debo decir, era algo habitual, ya que por aquel entonces yo veía bastante a Lennon y a Paul McCartney. Volví a mencionar otra vez que acababa de ver a Elvis y, de nuevo, tuve que hacer frente a una sarta de preguntas casi idénticas a las de Dylan.

«¿Estaba Scotty Moore con él? ¿Y los Jordanares? —Por cierto, la respuesta en ambos casos fue que “no”—. ¿Y qué hay de sus primeras cosas con Sun Records? ¿Cantó “Baby Let’s Play House”? ¿Y “I Got a Woman”? ¿Estuvo bien? ¿Estaba gordo?»

Aprendí algo de aquellas dos llamadas telefónicas: básicamente que, en el fondo, las estrellas de rock en realidad solo son fans maduros. Por muy famosos y célebres que fueran ya por entonces Bob Dylan y John Lennon, seguían siendo fans del hombre que los había iniciado en la música, y seguían fascinados por los sonidos que habían marcado su juventud. Elvis había disparado sus sueños adolescentes, como los de Paul McCartney, Keith Richards, Bruce Springsteen y muchos más.

Igual que los míos, aunque en mi caso llevara mi carrera en otra dirección.

Ray Connolly

Prólogo

«¿Cómo me recordará la gente cuando me haya ido?», quiso saber. «¿Me olvidará pronto?»

Era mayo de 1977. Acostado en su *suite* de un hotel de la pequeña ciudad de Binghamton, Nueva York, solo y deprimido, temporalmente abandonado después de que su última novia se hubiera aburrido de la rutina de la gira, Elvis Presley había hecho llamar a su cantante soprano, Kathy Westmoreland, para que lo acompañara. No podía soportar estar solo, dormir solo. A su camarilla tampoco le gustaba que durmiera solo. Se preocupaban cuando no había nadie que lo vigilara.

Kathy, una antigua amante y todavía amiga que llevaba siete años con él en los escenarios, se sentó a su lado aquella noche y la siguiente, escuchándole hablar de su madre, su peso, su salud y su hija, consolándole mientras se angustiaba por el libro que pronto publicarían tres de sus antiguos empleados contándolo todo sobre él, y meneando la cabeza mientras él se preocupaba por que le olvidaran rápidamente tras su muerte.

«Nunca he hecho algo duradero...», le dijo. «Nunca he hecho una película clásica.»

Por mucho que sus canciones hubieran gustado o que él hubiera ayudado a cambiar el rumbo de la música popular, lo único que veía era que

no había conseguido convertirse en «una verdadera estrella de cine». Y eso le atormentaba.

Con cuarenta y dos años, pero enfermo con un montón de problemas médicos, adicto, agotado y terriblemente desilusionado, ya hablaba de sí mismo en pasado. En un momento dado intentó bromear con Kathy: debía ponerse algo blanco en su funeral. Ella se rio y le prometió que lo haría. Luego le cogió de la mano hasta que se durmió. El sueño que siempre ansiaba, pero que casi siempre le resultaba tan difícil conciliar.

Así era Elvis Presley, reconocido hoy como el artista más querido de todos los tiempos, pero entonces un hombre enfermo ahogado por la preocupación en los últimos meses de la tragedia en que se había convertido su vida.

¡Pero qué vida! Durante prácticamente toda su vida adulta, todo el mundo sonreía cuando él entraba en una habitación. Cuando hacía una broma, todos se reían con él, solo que más fuerte; y cuando pedía algo, sus ayudantes se apresuraban a complacerle. Todos querían satisfacerlo, desde la camarilla, que se debatía a diario entre la servidumbre y la amistad mientras lo atendían, hasta el interminable clan de parientes que dependían de él para tener un trabajo y una casa. Y luego estaban todas las novias cuyo cariño recompensó regalándoles coches y diamantes.

Sí, ¡qué vida! Podía comprar cualquier cosa que quisiera, y así lo hizo: casas, flotas de Cadillac, aviones, pistolas... y también algunos médicos. Y aunque le gustaba ser él quien daba siempre, cuando pedía un favor casi siempre se lo hacían. Dos presidentes de los Estados Unidos atendieron sus llamadas, y algunos senadores, gobernadores estatales, celebridades del cine, el rock y el deporte hicieron cola entre bastidores para poder sonreírle, estrecharle la mano y fotografiarse con él. Era un imán. Todos se acercaban a él, mientras la policía local de Memphis, las autoridades sanitarias y la prensa hacían la vista gorda cuando creían que eso era lo más prudente.

Cómo no iban a hacerlo. Era Elvis, el hombre joven que, a mediados de los cincuenta, había pasado en treinta meses de graduarse en la escuela secundaria a ocupar el primer puesto de las listas mundiales de éxitos, y que, por medio de la televisión, había provocado el escándalo y la devoción hacia él a escala nacional primero e internacional después.

Siendo la música el camino más corto hacia los sentimientos, las estrellas de la canción viene y van mecidas por breves oleadas de entusiasmo, pero había algo en su voz, en su actitud, en su sonrisa tímida, en su

belleza juvenil, en sus movimientos corporales al cantar, en su atractivo sexual y en su historia personal que se quedó grabado de manera indeleble en el imaginario de las masas. Y ahí sigue, convirtiéndolo en el mayor icono estadounidense y, cuarenta años después de su muerte, en el más duradero también.

Cuando era niño soñaba que el éxito les salvaría a su familia y a él de la pobreza. Pero luego descubrió que, a aquel nivel, la fama era una cárcel tanto como una salvación. No fue el primer cantante de rock & roll, pero sí la primera superestrella del rock, una condición que implicaba que no solo no había nadie de cuya experiencia pudiera aprender, sino que tampoco había nadie con quien compartir la carga de ser él mismo, de ser Elvis. A lo largo de su vida dijo muchas veces que siempre se había sentido solo. Era comprensible. Nadie, aparte de él, sabía lo que era estar bajo el incansable foco de la atención y la admiración, ser el alquimista que podía convertir la música en tanto amor y tanto oro.

Su ambición había sido hacerse rico y famoso. Y su extraordinaria voz de dos octavas y media —y otro nivel en falsete— le había dado eso y mucho más. Pero cuando se bajaba del escenario, cuando las cámaras y los focos se apagaban, entonces, ¿qué? ¿Dónde encajaba él? En ninguna parte. Imposible de clasificar, su escandalosa fama le impidió acceder a cualquier atisbo del mundo real. Y a medida que pasaron los años, se retiró a su corte, ya fuera a Graceland, su mansión en Memphis, o a Hollywood o a Las Vegas, lugares donde su séquito le protegería de sus miedos, sus inseguridades y sus depresiones.

Para cuando pasó aquella noche en Binghamton con Kathy Westmoreland, solo catorce semanas antes de su muerte, ya estaba mentalmente roto, emocionalmente exhausto. ¿Cómo podía haber llegado a ese estado de desesperación? ¿Qué le había ocurrido a aquel hombre bendecido con tantos dones y tanto talento? Desde fuera, parecía tenerlo todo. Pero una noche, unos meses antes, al mirar a los fans que le adoraban, le había dicho desolado a alguien de su equipo: «Esa gente no me ama de forma personal. No saben qué hay dentro de mí».

No podían. Pero si hubieran podido ver el interior de su cabeza, ¿qué habrían encontrado? Seguramente una colisión múltiple de deseos, deberes y presiones en pie de guerra. Para entonces, su pasado mantenía un interminable conflicto con su presente durante más de veinte años, la brutal realidad había ido empañando sus sueños, mientras sus ambiciones artísticas capitulaban ante sus necesidades, y las de su representante, que exigían un interminable suministro de dinero. En las películas y en

los escenarios mostraba un arrojo fascinante. Pero era solo una máscara tras la cual escondía sus miedos y sus debilidades.

En aquellos últimos meses se preguntaba en alto si sus admiradores le seguirían siendo fieles a medida que fuera haciéndose mayor. Temía su desertión y lo que pensarían cuando se enteraran de sus secretos más oscuros. Luego estaban sus preocupaciones más personales. ¿Y qué decir de sus patológicas compras compulsivas? Él sabía, en sus momentos más positivos, que le estaban arruinando, pero no podía controlarse. ¿Se quedaría pronto sin dinero? Su padre lo veía posible. Incapaz de refrenarse, había dilapidado gran parte de su fortuna o la había regalado. Y luego estaba su mayor temor, la pesadilla recurrente: que pronto se vería obligado a vender su casa, Graceland, y que algún día terminaría otra vez como había empezado, pobre de solemnidad, recordado solo como una sombra de lo que fue, o peor aún, como un patético chiste.

Desde el principio, el enigma que era Elvis —el pobre chico blanco del segregado Misisipi que decidió cantar la música negra de sus héroes musicales— había sido una mezcla explosiva. Nacido en la pobreza rural de los años treinta más sombríos, ganó cientos de millones de dólares durante su carrera, pero al final de su vida, sin inversiones a las que poder recurrir, dependió de los préstamos de su banco para cubrir sus gastos entre gira y gira y para pagar las deudas de juego de su representante.

Luego estaban sus complejas creencias religiosas. Cristiano pentecostal lector de la Biblia de toda la vida, también hizo incursiones en la numerología y el misticismo; y, aunque a menudo rezaba y era pródigamente generoso con las organizaciones benéficas, también era un esposo sistemáticamente infiel y promiscuo, mientras que exigía absoluta fidelidad a las muchas mujeres de su vida. El rock & roll le convirtió en una estrella, pero inicialmente él quería formar parte de un cuarteto vocal de góspel y toda su vida prefirió los espirituales y los himnos a cualquier otro tipo de música.

Estaba plagado de contradicciones. Mientras fue el cantante más escandaloso y sexy del mundo, estuvo a la vez muy ligado a su madre. En su día un rebelde melencólico, se convirtió después en un soldado modélico y acabó cantando himnos patrióticos en sus conciertos. Y mientras que por fuera siempre parecía una estrella mundial con una aplastante seguridad en sí mismo, en su camerino se ponía tan nervioso que, antes de cada actuación, necesitaba una inyección de anfetaminas que le diera el valor suficiente para salir al escenario.

Luego, cuando no estaba en el escenario, cuando era el público en pases privados de cine, se convertía en el cinéfilo que reservó durante años salas de cine fuera del horario habitual para poder ver las películas que le gustaban, antiguas y nuevas; un amante del cine con suficiente bagaje cinematográfico como para odiar y avergonzarse de la mayoría de sus películas.

No cabe duda de que era autodestructivo, pero más allá de su ensimismamiento, ¿tenía motivos para ello? ¿Por qué siendo el cantante más popular del mundo, para quien cualquier compositor destacado hubiera querido componer, desperdició su voz y su talento con tantas melodías y letras trilladas de canciones para las bandas sonoras de las películas que tanto odiaba? Y en todo caso, ¿qué hacía un hombre enfermo e irremediabilmente adicto a las pastillas haciendo giras y dejándose grabar en un especial de televisión solo unas semanas antes de su muerte? ¿Estaba realmente tan necesitado de dinero? ¿O era su representante, el autodenominado «Coronel» Tom Parker, quien estaba más desesperado que él?

En cuanto a la adicción a las pastillas, ¿exactamente cuándo comenzó? ¿Fue antes de lo que nadie se figuraba, durante su periodo en el ejército de los Estados Unidos o, como ahora parece más probable, incluso antes? ¿Y cómo podía una estrella con tantos seguidores en todo el mundo tener tan poco carácter y pasar tantos años sin plantarse y hacerle frente a su abusivo representante? ¿Tenía razón su madre al referirse a Parker desde el principio como «el mismísimo diablo»?

«Estoy tan cansado de ser Elvis Presley», decía en los últimos meses de su vida. Por momentos, como veremos, es fácil entender por qué. ¿Pero realmente tenía que ser así? ¿Y dónde y cuándo se sembraron exactamente en la vida de Elvis Presley las semillas de sus éxitos, sus excesos y sus debilidades?

«Lo único que conocí desde los dos años
fue música góspel»

Sus comienzos difícilmente podrían haber sido más humildes ni sus expectativas más limitadas. Nació a eso de las cuatro y media de la mañana del 8 de enero de 1935, en una casucha de dos habitaciones en Tupelo, Misisipi, donde la única luz que había provenía de un par de lámparas de aceite y el agua que hacía falta hervía en una estufa de leña. Treinta minutos antes había venido al mundo un hermano gemelo, pero nació muerto. Les llamaron Jesse Garon y Elvis Aaron. Sus jóvenes padres, Vernon y Gladys Presley, sospechaban que podían esperar gemelos —había antecedentes en ambas familias—, pero no habían podido pagar el coste de la atención médica durante el embarazo de Gladys. Un vecino llamó al doctor solo cuando Gladys comenzó a tener complicaciones en el parto. Su tarifa era de quince dólares. La abonaría una organización benéfica.

Enterraron a Jesse en una tumba anónima del cementerio Priceville de Tupelo más o menos un día después, pero para entonces Gladys, que había perdido mucha sangre, había sido ingresada en un hospital junto al bebé que había sobrevivido. Cuando Elvis era mayor se preguntaría si Jesse y él habían sido gemelos idénticos, y por qué había muerto su hermano y no él, ya que, como decían en la iglesia, siempre tiene que haber una razón para todo. A veces le daba por imaginarse a ambos jugando juntos felizmente, como hermanos; en otras ocasiones, le preocupaba que



Tupelo, Misisipi, hacia 1920, con sus casas de madera y, al fondo, la fábrica de algodón que dio trabajo a muchos de los habitantes de la zona hasta su cierre a finales de los años treinta.

hubiesen sido rivales, como los bíblicos Caín y Abel. Cuando se hizo famoso, le pidió un par de veces a la gente que tratara de averiguar exactamente en qué parcela del cementerio había sido enterrado Jesse. Pero nunca lo averiguaron; no quedó constancia del lugar en ningún documento. A veces le decían que cuando un gemelo muere, el que sobrevive crece con las cualidades adicionales del otro. Su madre le animó a pensar eso, a creer que él era especial. Ella estaba convencida de que lo era.

Tupelo, Misisipi —entonces, como ahora, el estado más pobre de la Unión—, era en los años treinta un pueblo cochambroso de unos seis mil habitantes, y el pequeño hogar de los Presley era una casa de madera construida sobre bloques de cemento sin electricidad ni agua corriente en un camino de tierra que discurría cerca del arroyo y la carretera, rodeado de bosques y granjas. En la escuela, le explicaron a Elvis que Tupelo era el nombre que los indios choctaw daban a esa zona, y que, en los años treinta, había muchos Presley en Tupelo y alrededores. También había mucha religión. Así que no es de extrañar que sus padres, Vernon Presley y Gladys Smith, se conocieran en la iglesia de la Primera Asamblea de Dios Pentecostal de East Tupelo.

Gladys era la cuarta de nueve hermanos. Su madre, Doll Smith, era una enferma crónica casi profesional a la que Gladys cuidó de niña, ade-

más de tener que encargarse también de sus hermanos y hermanas menores. Doll murió el año antes de que naciera Elvis y su marido, Bob Smith, la siguió poco después. Él había sido aparcerero, arrastrando a su familia en busca de trabajo de granja en granja por toda la región. Las malas lenguas decían que, además, Bob destilaba aguardiente casero ilegal para tratar de llegar a fin de mes, aunque nunca lo conseguían. Los Smith parecían predestinados a morir jóvenes.

El padre de Vernon era Jessie D. Presley, según el resto de la familia, un hombre apuesto, malhumorado, mujeriego, muy bebedor, que trabajaba un poco en el campo, y que en los años treinta le hizo la vida imposible al adolescente Vernon. La mujer de Jessie, Minnie-Mae, la abuela de Elvis, una mujer alta y delgada, también lo pasó mal con aquel hombre. Él la abandonó antes de que su nieto pudiera conocerlo, y ella se fue a vivir con su hijo Vernon, su esposa Gladys y Elvis. Desde que una vez esquivara una pelota de béisbol que Elvis lanzó hacia ella sin querer él siempre la llamó «Dodger» [‘Regateadora’].

Vernon, a quien le gustaba bromear diciendo que le habían criado entre algodones, solo tenía diecisiete años cuando, apenas un par de meses después de conocer a Gladys, que entonces tenía veintidós, se escapó con ella al condado contiguo para casarse. Fue en 1933. Ambos mintieron sobre su edad, poniendo en su licencia matrimonial que él era mayor y que Gladys era más joven. Ella trabajaba por entonces en el Tupelo Garment Center, sentada ante una máquina de coser por dos dólares al día, mientras Vernon hacía cualquier trabajo que pudiera encontrar. Estados Unidos estaba en plena Depresión, así que no era nada fácil. Una vez casados, vivieron con los padres de él durante un tiempo, y luego pidieron prestados 180 dólares a un prestamista local llamado Orville Bean para construirse una casa junto a la de los viejos Presley, en un solar vacío también propiedad de Bean. Vernon había trabajado algo como carpintero, así que se construyó él la casa con la ayuda de su padre y un hermano.

A la mayoría de la gente no le habría parecido un gran lugar para vivir, sin techo (solo tejado), ni una cocina independiente y con el baño fuera, al que Gladys tenía que llevar el agua desde una fuente comunitaria que había carretera abajo y almacenarla en un tanque de diez litros. Pero cuando Elvis era pequeño, su madre le contaba lo feliz y orgullosa que se había sentido cuando se mudaron. Mucha gente no tenía casa propia, le decía. Tenían gallinas en el corral y, durante su embarazo, ella y papá se sentaban en el porche en las calurosas noches de verano y hacían planes. Con la muerte de Jesse, Elvis se convirtió en el único plan de Gladys.